

Los Contem pora neos

Siempre me ha costado algún trabajo comprender el mecanismo por el cual algunas personas pretenden imponer el uso de una palabra procedente del griego, del latín o del árabe, en lugar de otra procedente del suevo o del sajón, y por qué es esta pretensión

da a tales personas fama de sabias, puras, patriotas. Es frecuente leer en algún periódico un artículo en el que casi se exige la utilización de la palabra "meta" en lugar de la palabra "gol"—es un ejemplo—, o en el que se ensalza la calidad de la palabra "chorro", que es una onomatopeya árabe, sobre la palabra "jet", que es una onomatopeya procedente de las orillas del Elba. El autor de ese artículo será, inconsecuentemente, calificado de buen español. Y de castellano de pro. Personalmente, creo que la palabra "jet" para designar un especial mecanismo de propulsión, y definitivamente el modelo de avión que lo utiliza como motor, es mucho más lúcida, precisa y sugerente medida en el idioma castellano que en el angloamericano original y, desde luego, que es mucho mejor que "chorro". "He visto un chorro" puede significar mil cosas. "He visto un jet", significa una sola. Lo mismo sucede con la palabra gol y, en general, con todos los neologismos que se van felizmente importando.

A la larga, la endogamia conduce al bocio, a la hemofilia, a una clase peculiar de la estupidez. Si un día fueron famosos en el mundo los enanos españoles—fuimos exportadores de bufones: nuestros enanos eran los de rostro más patético y deforme, los que mejor soportaban los puntapiés feudales, aquellos cuya estupidez daba más risas— hasta Veldzquez los pintó—, lo debemos a la endogamia y a la obsesión por la pureza, por la repugnancia a recibir lo de otros, lo de fuera. Si siempre hubiese habido puristas en esta tierra, aún hablaríamos en el oscuro "gugit" de las cavernas. En lugar de eso, tuvimos la suerte de que hubiese inteligentes progresistas capaces de adoptar las palabras de los sucesivos invasores, de corromper sus idiomas,

destruir su orgulloso y rígido latín hasta poderlo en su rigidez y meterlo en una gramática clara, untarlo con las oleosas palabras árabes, dejar que se introdujera alguna de los vándalos, suevos y alanos, darle algunas bisagras griegas para unir las a los términos judíos necesarios para el vocabulario científico, y luego, con las adquisiciones de las lenguas modernas, permitirnos una instrumentación oral adecuada.

Desgraciadamente, en los últimos lustros predominan los partidarios de la endogamia, lingüística y política, cultural y social. Son los mismos que, después de negar la realidad de la evolución de las especies, han terminado por aceptarla, pero siempre que se acepte que la forma perfecta de vida es la de la ameba. La ameba tiene grandes virtudes para estos contemporáneos: es resistente, es inmortal y, sobre todo, es una negación de la existencia del sexo. Los partidarios de la ameba están, entre otras cosas, dejando morir el idioma. El castellano muere a manos castellanicas. Desde que fue un idioma claro hasta que se ha convertido en el ambiguo idioma del miedo ha pasado muy poco tiempo. Se quiere que cada vocablo diga dos, tres cosas al mismo tiempo, y muchas veces que no diga ninguna. Se está cambiando todo el sistema de asociaciones de ideas, de contenidos semánticos, de orígenes etimológicos. Producto del miedo, de la política del miedo y del miedo a la política, tiene terror a utilizar la palabra que designa el hecho. No se puede combatir el hecho; se le designa con palabra. Para que algo pueda o no pueda suceder, se le designa con palabra distinta a la que se utilizaba cuando, antes, sucedía. Muchas veces, para escapar a una censura, se utiliza la palabra de al lado, la imagen envuelta.

En medio del seudolenguaje en que vive diariamente el español, el ataque al neologismo, la busca de la pulga anglosajona entre el hierático peplo del viejo castellano á r a b o-judío-berebere-g r e c o-romano es una frivolidad, un bizantinismo. Incluso un retroceso más.

LOS PARTIDARIOS DE LA AMEBA

POZUELO

